

## LA PAZ Y LA VERDAD (\*)

Por JOSE VASCONCELOS

Elige entre la verdad y la paz, dice una célebre advertencia de la vieja sabiduría. La verdad es lujo que se paga caro, indica otro sabio precepto. Sin embargo, la verdad es inseparable de la virtud y la condición misma de todo saber. Sin la verdad no podría hacerse patente el espíritu. Negar la verdad es condenar la inteligencia, renegar de la existencia. Pero es claro que cuando hablamos de los peligros de la verdad, nos referimos a la verdad sobre lo social que obliga al reconocimiento de un hecho, la obligación de incorporarlo a la conducta; y por lo mismo, a defender sus consecuencias con entereza. Se adopta una militancia tan pronto como formulamos una opinión o asentimos a ella. Y esto ya es lo contrario de la paz. Y como el vivir es acción de sentidos diversos, de oposiciones inevitables, resulta que en rigor la paz es propia de la muerte; no de la vida y sus responsabilidades, ya no digamos de sus audacias.

Puede la mentira garantizar por cierto tiempo determinadas formas de comodidad. Cada uno de nosotros anhela el vegetar sereno fundado en el disfrute honesto de los productos de nuestro trabajo, en el seno de la familia y en armonía con el vecino; presto el ánimo a la amistad que es la sonrisa de la vida. Desgraciadamente el hombre no está hecho para la felicidad. Su misión no es lograrla en la tierra, ni siquiera buscarla. Los instantes de dicha profunda que suelen alcanzar las almas se dan más bien por el camino arduo del sacrificio y la brega. La conformidad no produce sino hastío; hablo de la conformidad con los males que podemos evitar, con las injusticias que podríamos remediar. En la guerra, la guerra contra el error y la impiedad, está entonces nuestra única oportunidad. Y la paz en la condición normal del mundo es ilusoria y es inmoral y resulta casi siempre mezquina.

Hijo de la inquietud es el espíritu y hay una considerable necesidad de sacrificio en el destino de todo hombre honrado.

Los motivos que nos impelen al combate no sólo son externos. Dentro de nuestra propia conciencia tenemos que librar a diario la batalla de nuestras dos naturalezas: la del instinto y la de la inteligencia simbolizadas por Platón en dos caballos, uno negro y el otro blanco. Tiran ambos del carro del destino en direcciones opuestas. Es preciso ayudar al triunfo del caballo

(\*) El notable pensador americano José Vasconcelos dirigió a quienes coronaron su carrera en el Instituto Politécnico de Monterrey (México) el año pasado las palabras con que hoy honramos nuestras páginas. Por la vastedad de los asuntos a que aluden, pueden ser consideradas como mensaje enviado a todos los jóvenes de América Latina. (Ver el número 2 de la Revista "Universidad Veracruzana", editada en Jalapa, Veracruz, México).

blanco que nos conduce hacia arriba, hacia el ideal y sus fines más nobles. De otra manera no daremos con el tesoro que reside en lo hondo de cada destino.

El tesoro permanece oculto mientras no penetra en los más recónditos sitios del alma la luz de la verdad.

Verdad de la ciencia, verdad de la Naturaleza; aquí la descubris en la enseñanza de los especialistas que honran vuestro profesorado. Suele tratarse de verdades evidentes como las del matemático que casi no dejan lugar a discusión y, sin embargo, no se escribirían volúmenes, no progresaría la ciencia si no fuese porque el espíritu humano constantemente debate y medita, contempla desde ángulos diversos y no se satisface. Nuestros medios de conocimiento son limitados, pero la humana ambición de conocer es infinita. Lo que obliga a pensar que existe lo infinito. Lo que nos compromete a proceder, con medios temporales, como si fuésemos hijos de la eternidad; hijos que, privados de la verdad por alguna extraña fatalidad, poseen sin embargo algo como una convicción de estar destinados a fines eternos. Y sospechamos que lo invisible guarda el secreto del funcionamiento y el objetivo de lo visible. Desde que se pasa de las ciencias de la Naturaleza a la sabiduría que tiene investigada el espíritu, la ambición se ensancha pero la incertidumbre se agrava y la disidencia crece. La filosofía es el empeño de hallar una posibilidad de coordinación de la verdad con la paz. Conquistaríamos así el enigma mismo del acontecer. Mas aliada con la filosofía aparece la sofística. El pueblo mejor dotado de la historia, el pueblo helénico, hizo primero sofística; sólo más tarde emprendió con Sócrates la aventura de imaginar preceptos de carácter absoluto. El problema seguiría siendo insoluble si no fuese porque un factor más poderoso que la razón y más fecundo, el amor de Dios, se estructuró en la religión de los hebreos y se hace realidad en el Evangelio, la doctrina y el misterio de la encarnación y la redención, en acto que abarca a la creación entera.

El tema de la Redención es asunto de la Teología que a su vez constituyó la última y más alta etapa de la Sabiduría.

Y la pedagogía moderna está de acuerdo en que no es enseñanza cabal, ni siquiera enseñanza honrada, la que no informa a los educandos, así sea someramente, sobre los principios esenciales de la Sabiduría.

Lejos de las interpretaciones del diletante científico del pasado siglo, se os da una ciencia sin pasiones que nada tiene que ver con el jacobinismo estrecho ni con la timidez del conservador. La ciencia actual ha restablecido la unidad fundamental de la Sabiduría. Nunca las ramas independientes del saber habían alcanzado desarrollo más libre y autónomo y al mismo tiempo jamás se había hecho más patente la necesidad de la síntesis que otorga su sitio a cada una de las disciplinas del saber, pero no se conforma con los humanismos huecos que todavía nos juran por el hombre y para el hombre en un culto taimado que tiene por remate la humanidad; todo con el fin de negar lo divino a la manera cristiana. La ciencia de la totalidad en nuestro momento histórico es una ciencia que reconoce la necesidad de estudiar, reconocer y prestar reverencia al elemento dominante de la creación que por esencia es sobrehumano y divino. La meta final, en consecuencia, posee motivaciones y caracteres que superan al hombre y también al destino de la especie entera. La humanidad no es un fin cabal, un fin último, sino un instrumento para la depuración y superación de la vida, según se

da en las especies inferiores y en el hombre mismo. Somos de esta suerte un tránsito hacia la perfección y la eternidad. Esto se llama también la redención y hacia ella debe aspirar toda criatura.

El mundo oriental regido por la fuerza lleva millares de años de atraso material y de vida sin libertad. Ya Esquilo en su tragedia "Los Persas" señaló el contraste que había de dar el triunfo a su patria. Los griegos no tenían amo temporal, no reconocían otra soberanía que la de las leyes. Más tarde el cristianismo había de otorgar a este principio la autoridad de lo eterno, fundándolo ya no en una abstracción: la justicia o en leyes que son obra y convenio de los hombres, sino en el Amor de un Dios Padre que ama por igual a todos sus hijos. La historia nos muestra ahora que el Occidente, por haberse mantenido más o menos fiel a estas doctrinas, sigue conservando su hegemonía sobre el planeta y disfruta de regímenes sociales menos faltos de compasión que los del Asia o el Africa. Toynbee, el más grande historiador de nuestros tiempos, dotado de plena autoridad científica no tiene inconveniente en atribuir al cristianismo esta victoria del europeo sobre todos sus competidores, victoria en el sentido de la libertad y el bien; y nosotros en el Nuevo Mundo, somos europeos y cristianos por el origen de nuestra cultura y la meta que perseguimos.

En consecuencia, la crisis actual del mundo no puede, no debe de hallarnos indiferentes. Ningún pueblo puede permanecer aislado cuando se trata de poner a salvo los principios que son el fundamento de cuanto es entre nosotros apreciable y digno de ser defendido. En estos instantes la vacilación equivale a desertión y la confusión nos llevaría al suicidio. Querámoslo o no tenemos que participar en las luchas de nuestro tiempo y vale más hacerlo de manera consciente, franca, valerosa y alegre. Los que buscan refugio en la mentira despiertan de pronto para sufrir quebranto y ruina pero sin honra. Una educación para el heroísmo es también, por extraña paradoja, la mejor preparación para la felicidad; la corta, la fugaz dicha que es dada al hombre en la tierra.

Los alumnos de este Instituto cuentan con preparación ejemplar en este sentido. Educados a buena distancia de todas las paparruchadas que el liberalismo difundió, forman una generación educada en la verdad. Lleváis en vuestra formación los elementos necesarios para ser guías de conducta social y jefes de acción colectiva.

La generosidad de vuestros maestros, al invitarme en distintas ocasiones para compartir horas o días vuestras preocupaciones y vuestros anhelos, me permite afirmar la confianza de que seréis sembradores que conocen la manera de hacer fecundo el cultivo. Ojalá que también logréis cosechar, pues ya es tiempo de que la Patria encuentre alivio a su tradicional pobreza, consuelo a sus aflicciones y un poco de ventura garantizada por la verdad en el ejercicio de sus instituciones.

Vosotros, jóvenes graduados, sabéis de sobra que el aprendizaje no termina nunca para el hombre; seguiréis estudiando en la vida. En muchas materias tendréis que iniciaros independientemente, pero siempre llevaréis ventaja al autodidacto, porque os han dado ya lo esencial que es la disciplina para el estudio y para la conducta. Uno de los rasgos esenciales de esa disciplina es el que esta escuela enseña: la libertad en la formación del juicio y en el espíritu de empresa. Aquí habéis aprendido el arte de basarse a sí mismo, que es fundamental en toda actividad.

Los sistemas totalitarios que hoy envenenan todas las zonas de la conciencia no han podido hacerse sentir en el Instituto que hoy os confiere su respaldo profesional. Sin encontrar personas o instituciones y cooperando con el Estado cuando ello es necesario, aquí se ha procurado mantener a salvo el decoro de vuestro albedrío. En ello consiste, precisamente, el ejercicio de la libertad. Aquí el Estado no dicta pero es respetado en sus legítimos fueros. Y en materia de sistemas de enseñanza es posible que el Estado pudiera hallar aquí mucho qué imitar, mucho qué aprender. En el océano de doctrinarismos pseudo-avanzados y totalizantes que asedia la enseñanza, sois un islote de libertades. Para salvar la libertad no basta con que cada profesor ejercite su propio criterio. La libertad de cátedra es sagrada siempre que se desenvuelva dentro de cierta unidad de programa y de propósito. La falsificación convencional de la verdad, la inclinación partidista o los compromisos de facción que pretendan operar al amparo de los derechos del catedrático deben ser exhibidos y expulsados si no quieren deshonrar la cátedra.

Sin unidad fundamental de creencia o de propósito las escuelas se vuelven incubadoras del caos y germen de la anarquía.

Las diversas técnicas que aquí se cultivan tienden al aumento del bienestar general, mas éste no se logra sin el establecimiento de la armonía que debe existir entre la producción y la distribución, entre el trabajo y la justicia, entre el trabajo y el bien común de la sociedad. Vuestra lucha entonces ha de ser doble: contra la ignorancia que nos impide aprovechar los recursos de la Naturaleza, y contra los errores y corrupciones que nublan el espíritu y le impiden realizar sus posibilidades de belleza y disfrute, de libertad y de amor.

El sacrificio de la comodidad y la vida misma para la defensa de la verdad es la misión de unos cuantos elegidos; vuestras filas habrán de producirlos sin duda si así lo exige la ocasión; pero no es necesario ser la excepción. Basta con que cada uno de nosotros ponga de su parte inquebrantable decisión de poner el honor por encima de todas las conveniencias y tentaciones que nos reserva el destino.

A menudo basta rechazar la colusión con los malvados. El camino medio es el del sabio y no es tan fácil como parece. La vida colectiva se halla siempre en crisis. Lo permanente no es la paz de que hablan los ingenuos. Propiamente la paz es una ilusión. Constantemente la historia nos coloca en situación como de milicia. Al que se halla en guardia no lo sorprende ninguno de los azares del acontecer. Por otra parte no hay victoria sin combate, ni más alegría perdurable que la procedente de algún triunfo noble sobre los eternos enemigos que son nuestro ánimo limitado, nuestra incapacidad, nuestra debilidad. Instante de dicha, fugaz del espíritu es todo lo que alcanza, en el mejor de los casos, el mejor de los hombres.

JOSE VASCONCELOS